

GLOSARIO DE REVISTAS

Jesús, homo estheticus

En el número de la primera quincena de Junio del presente año del *Mercure de France* Jules de Gaultier publica un interesante ensayo que pretende ser una interpretación estética de la obra de Jesús. El estudio forma parte de una serie que el discutido filósofo ha venido publicando bajo el título de *Los Precursores de la Moralidad estética*.

En *Jesús, homo estheticus* prescinde Jules de Gaultier de considerar al predicador de Nazareth en sus aspectos tantas veces y tan contradictoriamente tratados de reformador religioso y social y se adentra en su tema guiado por la norma de las ideas estéticas puras.

«En la teoría filológica—dice Jules de Gaultier—la evolución del mito se explica por el esfuerzo del pensamiento que quiere rectificar por aproximaciones menos inadecuadas el *bovarysmo* del lenguaje. El lenguaje es la tentativa, que necesariamente aborta, de man-

tener en la inmovilidad y la discontinuidad de las palabras el movimiento y la marcha de la vida. Bajo el esfuerzo del pensamiento para integrar la vida en el conocimiento, las palabras tan pronto cambian de forma como cambian de significado. El lenguaje es también una mitología viviente».

Y agrega con gran acierto: «Todos los que se dedican a traducir, y entre ellos los mejores y de espíritu más penetrante, saben hasta qué punto es invencible el rigor de la sentencia italiana: *traduttore, traditore*. Saben también hasta qué punto cuanto más vivo y más rico es el pensamiento que quieren traducir, más difícil será la tentativa por alcanzar su identificación a la lengua nueva».

Para estudiar a Jesús prescinde el filósofo de toda idea de realidad histórica para preocuparse sólo de la realidad mítica. El mito de Jesús nos ha llegado deformado, *bovaryzando* a través de una triple alteración. El *bovarysmo* del lenguaje ha jugado un papel

de primer orden. El mito ha sido concebido por pueblos que hablaban idiomas diferentes. La forma más definitiva es la griega. Esta fuente, considerablemente alterada, se ha difundido a través de todos los dialectos de la tierra, para fundar su universalidad sobre este elemento de diferenciación, acaso el más insuperable: el idioma particular de cada pueblo. Hay, en la vida del espíritu, una primera alteración del hecho por el pensamiento, por la conciencia en que se refleja. Hay otra del pensamiento por la palabra que éste se esfuerza en inmovilizar. Y hay todavía una alteración nueva en la tentativa de hacer pasar por medio de las palabras de un idioma a las de otro idioma el pensamiento ya mutilado al cual las formas del primer idioma han vestido con su máscara.

«El Jesús de los Evangelios —apunta Jules de Gaultier— se parece a esos enfermos estudiados por Pierre Janet en su *Automatismo Psicológico*, en los cuales personalidades múltiples se suceden unas a otras, ligadas a la sucesión y al predominio de sistemas de cenestesia diferentemente coordinados. En los Evangelios estos sistemas de cenestesia diferentes son corrientes de inspiraciones venidas de diversos puntos del mundo civilizado y del alma religiosa de los hombres. Por eso es que los

Evangelios ofrecen esa plasticidad que es la virtud esencial de los mitos y cuya virtualidad, a menudo escondida, está siempre pronta a revelarse y mostrar nuevas fases de Jesús. Es así como los Evangelios han salido, como tantas figuras de Jesús, de interpretaciones muy diversas y de instintos a veces contrarios de los que han sacado caudales propios para defender su imperialismo del prestigio del Verbo sagrado».

Analiza las diversas interpretaciones de los Evangelios y sentencia: «Diversas y contradictorias, hay que considerarlas en función de los temperamentos individuales, pues cada uno ha vertido en el texto del mito los fragmentos que se acordaban con su tendencia personal, con su instinto dominante».

El filósofo, a su vez, formula sus interpretaciones. El «Dad al César lo que es del César» lo hace decir:

«Dad al César lo que es del César, dejad a los autómatas, a los reyes, a los dictadores, a los tribunos, a los príncipes y a los cortesanos, el cuidado de ocupar la escena del mundo. Todo acto, todo gesto, toda palabra por las que participéis en este mundo de actores, os alejará de nuestro reino interior. No resistáis al mal. No intervengáis. Toda intervención, así sea para destruir este mundo de apariencias, es un acto de fe del que apro-

vecha y se fortifica la alucinación colectiva.

El mundo dado en las apariencias fenomenales es exclusivo de toda organización posible de felicidad colectiva. Será por los siglos de los siglos venideros, como lo fué en los siglos de los siglos pretéritos.»

Y recalca:

«Es frente a frente con la totalidad del mundo de los fenómenos, dado en el pasado y en el porvenir, como Jesús entiende salvar al individuo; es el corazón de todo individuo donde él toca un resorte cuyo juego, sin cambiar el mundo alucinado de los fenómenos, metamorfosea la incidencia sobre la sensibilidad individual y, disipando la creencia en su realidad, salva el pasado al mismo título del porvenir.

«Pero es tal la consecuencia, que será evidenciada, de este renunciamiento a realizar la felicidad en el orden temporal que, por este renunciamiento solo, las condiciones de existencia de la especie humana, en tanto que colectividad social en el seno de la realidad histórica, podrán ser cumplidas. Ley de ironía formulada por Jesús: «El que guarde su vida la perderá y el que la pierda, la salvará». Esto significa que las mejores condiciones de la vida de los hombres en sociedad no podrán ser realizadas en el mundo sino por los hombres que han renunciado al

deseo de esta realización, por aquellos provistos de una riqueza tal, de tal poder de transfiguración que no tendrán ni el deseo de realizar este cambio en el mundo teatral de los fenómenos».

Para el filósofo la buena palabra está en esta sentencia: «El mundo de Dios está dentro de vosotros». O bien en la parábola de Marta y María: «Marta, Marta, tú te inquietas y te preocupas por muchas cosas. Sólo una cosa es necesaria. María ha elegido la mejor parte y no le será quitada». ¿Cuál es esta única cosa necesaria? El filósofo responde: «Desinteresarse de la relación que existe entre los sucesos del mundo y nuestra sensibilidad de primer grado, la que está ligada a las necesidades del cuerpo».

No ve el filósofo en la enseñanza de Jesús ningún imperativo moral; para él tiene su sentido estrictamente psicológico e intelectualista. Repasa las palabras de Jesús: «Ningún hombre que ponga la mano en el arado y mire detrás de él es digno del reino de Dios». Antinomia entre la contemplación de la realidad por su belleza y la explotación de la realidad por su utilidad. «No os inquietéis por vuestra vida, por lo que comereis, ni por vuestro cuerpo, ni por vuestros vestidos». «No se puede servir a dos amos al

mismo tiempo. No se puede servir a Dios y al demonio de las riquezas'. ¿Cuál, es, pues, el reino de Dios?, pregunta el filósofo. 'La definición se aplica estrechamente a la que he dado del sentido estético (leer la obra del autor *La sensibilidad estética*): *el poder de gozar de las cosas sin poseerlas*. El que posee este poder considera un mal todo lo que lo aparta de su ejercicio ocupando su energía en la disputa y en la lucha que hay que sostener para obtener las cosas que es necesario poseer para gozar. Observad a los más puros representantes del pensamiento y considerad que no hay para ellos calamidad mayor que desviarse de su contemplación a fin de proveer al cuidado de sus necesidades. Los más grandes en el orden de la poesía, de las artes plásticas, de las ciencias y de la filosofía han hecho su selección. Conscientemente y porque sabían poseer un bien incomparable que no podían cambiar por nada mejor y, lo más a menudo, por encima y contra toda clase de motivos, en virtud de una necesidad anterior, han escogido, como los santos, la pobreza.

Todo el Evangelio de Jesús asume esta significación única, una pura significación estética que la iglesia en las partes puramente religiosas de su

doctrina, aquellas que están exentas de toda preocupación por el gobierno de los hombres, no ha podido coger. La buena nueva es que el mundo temporal, irremediabilmente condenado al mal y al dolor, no es sino una apariencia. Puede ser el objeto de un espectáculo pero no puede atacar nuestra sensibilidad. Desde el punto de vista de una pura doctrina es el temor y la codicia que suscitan el objeto, entre las perspectivas del espacio y el tiempo, en su materialidad con el poder que les atribuimos de causarnos el placer y el dolor; retirados esos velos el mundo se nos revela en su realidad verdadera que es la de la belleza. Por eso es que en pura psicología el único camino por el cual descubrimos la belleza del mundo es el de la renuncia al deseo que sus bienes nos inspiran. 'Dichosos los pobres', no los pobres de hecho sino los pobres por su voluntad. Son los que han elegido el camino gozoso donde la alucinación de las apariencias cede su lugar a la visión de lo real'.

Veamos cómo analiza el filósofo la tremenda pregunta de Pilatos:

•¿Qué es la verdad? preguntaba Pilatos. Sospecha admirable cuyo valor simbólico anunciaba la palabra de liberación: el mundo no es verdadero.

Despojándolo de su verdad, se le despoja de su horror. Surge desnudo en su belleza.

«Identidad del Evangelio y de la aparición en la vida, en el estadio humano, del sentido estético, del poder de gozar las cosas sin poseerlas, del reino de las imágenes. El reino de Dios está en vosotros. No está en otra vida. No hay otra vida. Cesad de creer en esos espejismos del tiempo, y del espacio que proyectáis fuera de vosotros para encuadrar en ellos el juego de vuestras representaciones. No seáis como esos cómicos de la legua que representan su papel en la calle y siguen representándolo en su casa. No os dejéis engañar por la causalidad que dejáis a merced de los acontecimientos que inventáis vosotros mismos sobre la escena del tiempo y del espacio. Es el milagro del juego metafísico haber abolido en vosotros el recuerdo de nuestra función de autores e inventores de todo el drama del fenómeno. El olvido es el creador de toda esta patética de la tragedia. Pero la llave de este embrollo está en vuestras manos. Abre la puerta de vuestro mundo interior, de vuestro reino de Dios donde vela el porvenir, la puerta diamantina que comunica con la eternidad del instante. Oír la buena palabra es obtener la revelación súbita de que el mundo no es verdadero. He aquí que el mons-

truo cuyos garfios y garras iban a desgarraros y pulverizaros está en vuestro poder, he aquí que está encerrado entre los barrotes de la jaula y que toda la fuerza con que os asombraba se entrega a vuestra contemplación, no tiene otro efecto que el elevar vuestra admiración. Magnífica inversión de la fe. Disipa la alucinación que había creado y, con la sustancia misma de la emoción que había engendrado, adorna la sustancia de la belleza».

Con mayor seguridad afirma:

«Pero este cambio de la emoción en visión lo cumple, a pesar nuestro, toda obra de arte salida de nuestras manos. Frente a ella, nos impone la actitud estética. Toda obra de arte priva al objeto que representa del poder de alcanzarnos, lo retira del espacio y del tiempo para que se rompa el vínculo de causalidad que le daba, en el plano del ensueño, la facultad de alcanzarnos. Jesús también. Pero él realiza la transubstanciación estética respecto a todo el mundo. Por único medio la fe, tal como acaba de ser identificada, el acto interior del ensueño, no la fe que se funda sobre el milagro, sino la fe que precede al milagro y lo engendra. Jesús rechaza a Satanás que le propone precipitarse desde lo alto del templo y unido a la cruz permanece sordo a la voz del

populacho que lo incita a escapar de la muerte. No hace milagros sino con aquellos que ya tienen la fe: curación del leproso. «Señor, si tú lo quieres puedes curarme». Curación de los dos ciegos. «Señor, haz que nuestros ojos se abran». Es la fe del centurión la que hace el milagro: «Di solamente una palabra y mi servidor será curado». Y el mismo Jesús dice a sus discípulos: «Si tenéis fe y no vaciláis, no solamente haréis lo que he hecho con la higuera sino que bastará que digáis a la montaña: levántate y échale al mar, para que esto suceda». ¿Qué quiere decir esto? Que la fe ha sido identificada por Jesús al juego mismo de la experiencia metafísica; que es el mismo acto que, habiendo conferido al mundo el poder de alucinarnos, lo despoja retirándose de él y lo convierte en una imagen inocente.

Convertir la realidad en imágenes es romper entre ella y nosotros las amarras de la causalidad. Esto es lo que realiza la contemplación estética y lo que realizó Jesús. Único medio de salvar el mundo».

Al finalizar su estudio Jules de Gaultier dice:

«Pero es este, para concluir, el lugar de recordar esta ley de ironía invocada en el comienzo de estas páginas y sobre la cual se funda, según una causalidad independiente de toda motivación voluntaria, la

virtud moralizadora del Evangelio: «El que quiera salvar su vida la perderá, dice Jesús, y el que la pierda por mí la salvará». El que pretenda salvar el mundo, diremos nosotros, lo perderá, y el que se desinterese de la salvación del mundo, lo salvará. El *homo estheticus*, como tal, se desinteresa de la salvación del mundo. Tipo supremo y maduro del *homo intellectualis*, él es precisamente el que no interviene nunca. No interviene impulsado por los motivos que juzga los más nobles el común de los hombres. Sabe que la justicia y la verdad son los prismas a través de los cuales la alucinación, en el curso de la historia humana, ha sido siempre fortalecida. Reconoce en esos fines inconciliables con los datos mismos del drama fenomenal los medios por los cuales la lucha entre los hombres, sobre la escena de los actores, ha rebotado con más intensidad según nuevas y más vastas intrigas. «No resistáis al mal», palabra suprema del Evangelio. El sabe de esta máxima el sentido puramente estético y que tiene el valor de una revelación estrictamente intelectual, que lejos de implicar una actitud de resignación y de debilidad implica la fuerza más grande opuesta a la más grande, a la suprema tentación. Porque él sabe que toda resistencia implica la creencia en

la realidad del fenómeno y el mantenimiento de la alucinación y que es su misión de iniciado oponer a la fe que ha suscitado el mundo de los objetos una fe contraria emanada de la misma fuente fecunda de la experiencia y que los despoja del poder de emocionarnos».

Termina el filósofo:

«En Pitágoras, en Epicteto, en Plotino, he mostrado la impotencia de estos grandes pensadores para alcanzar la felicidad por la ética y, por un supremo esfuerzo en el arte de razonar, elevándose hasta concebir el esplendor de la visión estética».

Pero unos y otros no han hecho sino entrever, por vía dialéctica, el camino de la salvación y designarlo. Sólo en Jesús la visión estética ha sido una realidad viviente. Ella lo ha hecho afrontar la muerte y vencerla por la resurrección: *Ego sum resurrectio et vita*. En Jesús el milagro biológico se ha realizado, la especie nueva ha aparecido: *Jesús homo estheticus*.—M.

La juventud de Schiller

En el número 6 del Tomo XXXIII de *La Revue Universelle*, correspondiente al 15 de Junio de 1928, Robert d'Har-court publica un interesante estudio sobre la juventud de Schiller.

Comienza dándonos un es-

bozo del carácter férreo del duque Carlos Eugenio de Württemberg «que decidió hacer entrar al joven Schiller en la Academia militar que había fundado recientemente, dedicada a los mejores de sus oficiales, a aquellos a quienes destinaba para el más brillante porvenir».

Veamos el paisaje en el que, árbol agreste, hubo de modelarse la juventud del poeta:

«Schiller entró a la Academia el 16 de Enero de 1773 con «el corazón desgarrado» por los planes del porvenir a los que, forzosamente, había renunciado. Su fortuna de escolar estaba avaluada «en un pequeño traje azul con una pequeña camisola sin mangas», «15 libros diversos escritos en latin» y 43 Kreuzer, porque la familia Schiller contaba los céntimos. Lo hicieron pasar a su entrada por una doble «visita»: médica primero, escolar después.

«Las dos debían ser satisfactorias.

«El médico del establecimiento declaró al novicio «sano de cuerpo aunque afectado de granos a la cara y escalofríos a los pies».

«Cuanto al certificado escolar, declaraba que «Juan Cristóbal Federico Schiller, a quien se había administrado el sacramento de la confirmación, está en condiciones de traducir la colección *Autorum Latino-*